

El emplazamiento de los trabajadores de Chuquicamata a la Junta Fascista para que ésta atienda sus demandas es un hecho muy significativo. Al mismo tiempo que han fijado un plazo de 30 días, han planteado sus reivindicaciones invocando las conquistas que habían alcanzado durante el período del Gobierno Popular y han repudiado y expulsado de su asamblea al arrenquin de Pinochet, Bernardino Castillo.

Por boca del General Urbina, la dictadura ha declarado que no admitirá presiones. Acto seguido se ha deshauciado a algunos obreros. Se equivocan los gobernantes si creen que pueden continuar imponiendo su voluntad a troche y moche. La verdad es que la clase obrera ha venido fortaleciéndose y la dictadura, debilitándose.

Ya el año pasado en Chuquicamata y en El Salvador hubo diversas manifestaciones de protesta, en tanto que los trabajadores de El Teniente protagonizaron un singular y sintomático movimiento huelguístico. La huelga que tuvo lugar en Burger, los paros y acciones reivindicativas en la construcción, en algunos puertos, en Socometal, en la Papelera y Victoria de Puente Alto y recientemente en Paipote y en el Observatorio La Silla, la presentación de las cinco Federaciones Campesinas a propósito de los abusos de los terratenientes y de la contrarreforma agraria, los permanentes reclamos de las organizaciones de obreros y empleados por el deterioro de los sueldos y salarios, la movilización del Primero de Mayo, la organización y la lucha de los cesantes, el unánime repudio de los trabajadores al plan Kelly y a las reformas del Código del Trabajo y los pasos que se han dado en el terreno de la unidad sindical, en particular con la creación de la Coordinadora Sindical, son hechos que demuestran de modo concluyente que la lucha de los trabajadores entra a un plano superior, se estructura orgánicamente y tiende a despegar con fuerza.

El descontento y la lucha de los trabajadores tienen fundamentos reales. El régimen de Pinochet está al servicio del imperialismo, de la oligarquía financiera y de los terratenientes y hiere profundamente los intereses de los trabajadores y del pueblo. El hambre, la cesantía, los bajos salarios, son ya insupportables, y las nuevas medidas que se aplican contra los trabajadores son tan monstruosas que se pronuncian contra ellas hasta organizaciones comprometidas con el régimen. Ya es claro como el agua que el golpe fascista, los asesinatos, las torturas, la abolición de las libertades públicas y la suspensión de los derechos sindicales, toda la política represiva, han ebredado precisamente a este propósito de favorecer a reducidos grupos capitalistas a costa de una horrenda pauperización de las masas y de la ruina del país.

El carácter antinacional de la política fascista lleva a los más amplios sectores a asumir posiciones de lucha. Por esto, repunta también la actividad estudiantil, hay una mayor presión de profesores y alumnos por una mejor suerte para la Universidad, varios colegios profesionales se inquietan por lo que ocurre en las áreas de su competencia, y los artistas y escritores continúan expresándose, creando, reafirmando los valores nacionales a pesar y en contra del fascismo. Los industriales de la línea blanca, de las textiles y de al rama electrónica se quejan de la ruinosa competencia extranjera. Los productores de remolacha y otros grupos de agricultores protestan por el abandono oficial. Los empresarios de la pequeña y mediana minería reclaman por el desmantelamiento de ENAMI y la privatización de sus plantas concentradoras de metal.

Una batalla particularmente importante por el heroísmo de sus protagonistas, por el apoyo que concitó en el país, por las salidas callejeras de obreros y estudiantes a que dió lugar y por la gran solidaridad internacional de la cual estuvo rodeada, fue la tercera huelga de hambre de los familiares de los presos desaparecidos.

El régimen fascista de Pinochet vive una profunda crisis. Esta se expresa periódicamente por las contradicciones que estallan en su propio seno y que ya no pueden dejar de salir a la luz pública.

Aunque entre los fascistas surgen desavenencias, como son las que ha habido entre Pinochet y Leigh, no son las querellas entre ellos las que principalmente cuentan. Las crisis que sistemáticamente se producen en el seno de la tiranía son reflejo del profundo repudio nacional y mundial por los asesinatos, torturas, desaparecimientos, por los efectos de la política económica. Son consecuencia de la lucha creciente de nuestro pueblo y del aislamiento internacional en que se debate el fascismo, acosado también por la poderosa ola de la solidaridad antimperialista y antifascista.

Hasta hoy Pinochet ha venido resolviendo a su favor los conflictos intestinos que han surgido en la cúpula de su dictadura. Ha terminado por desembarazarse de uno de sus socios y por decapitar a la Fuerza Aérea. Esto significa que ha tenido y tiene aún cierta capacidad de maniobra. Pero, si a corto plazo ha salido favorecido de esos conflictos, a mediano y con

mayor razón a largo plazo se ha venido debilitando. Se atrinchera en un espacio cada vez más reducido y este proceso muestra que su suerte definitiva está echada.

Dentro y fuera del país existe la sensación de que su caída no sólo es inevitable sino próxima. Hay fundamentos para pensar en ello. Además de la situación descrita, existen hechos que afectan profundamente a la dictadura, como son las investigaciones del asesinato de Orlando Letelier y el clamor por que se diga la verdad acerca del destino de los desaparecidos. Sin embargo, a los factores reales se suman ilusiones en cuanto, por ejemplo, a lo que podría hacer el Presidente Carter en virtud de su cacareada, inconsecuente y hasta hipócrita política sobre derechos humanos.

Además, el país está invadido de rumores. Ellos tienen su lógica, son subproductos de la situación que vive un régimen que se agota. Pero ¡cuidado!. Los frecuentes anuncios de que ya estaría resuelta la salida del tirano y otras copuchas por el estilo pueden fomentar un optimismo enfermizo y, de hecho, paralizante.

Somos optimistas. Sin embargo, nuestro optimismo no se fundamenta en ilusiones o en verdades a medias. Se fundamenta ante todo y sobre todo en la capacidad de lucha de nuestra clase obrera y de nuestro pueblo, en la acción y la unidad de las fuerzas democráticas del país. Estas pueden y deben aprovechar las contradicciones del campo enemigo y estar alertas ante cualquier cambio de la situación, como el reemplazo mismo de Pinochet. Pero la atención no hay que ponerla allí, sino acá, en el pueblo, en lo que éste puede y debe hacer.

Nosotros tenemos la firme convicción de que es posible echar a Pinochet, terminar con la dictadura e instaurar un nuevo régimen democrático. Es tal la mayoría que exige la salida del tirano que ésta es una posibilidad real, una tarea que está a la orden del día. El trata de mostrar una imagen distinta. Al diario El País, de Madrid, acaba de formular declaraciones dirigidas a hacer creer que se halla tan firme como un peral. No es así. Hasta en su casa le ponen las peras a cuatro. El vendeval de la lucha popular lo puede arrojar del poder.

Ello exige aún no pocos esfuerzos y, en particular, seguir por el camino de la lucha y la unidad, de la coordinación de las acciones de masas en todos los frentes y a todos los niveles, especialmente en la base, en el seno del pueblo. Exige poner en primer plano las cosas que unen y no las que dividen y, al mismo tiempo, esclarecer con prontitud aquello que no está claro para alguna gente que tiene un papel que jugar. Nos referimos especialmente a los militares. Entre las cartas que nos llegan de Chile, hay varias de oficiales, suboficiales y soldados de las Fuerzas Armadas. En una de ellas, un oficial nos hace presente la necesidad de dejar en claro nuestros puntos de vista respecto a quiénes han colaborado con la dictadura y especialmente a los que por a, b ó c han participado en hechos punibles. Ya hemos hablado sobre el particular. Lo hacemos una vez más. No nos mueve ningún espíritu de venganza. El hecho de haber colaborado con la dictadura no es de por sí motivo de represalia. La Unidad Popular ha sido muy explícita al declarar que ni siquiera todos los altos oficiales son, por el solo hecho de ser tales, acreedores a castigo. Más aún, ha dicho que a su juicio deberá tenerse presente en cada caso, no sólo el comportamiento de ayer sino también el de ahora. Esta es nuestra posición. Al mismo tiempo, queremos dejar en claro que estimamos indispensable que, en primer término, se pongan al descubierto todos los crímenes de la dictadura. Ello es necesario para que todo el país comprenda bien lo que ha significado el fascismo, para que todos los chilenos y en especial los jóvenes queden inmunes a este virus, y para llevar a cabo una erradicación profunda de este mal. Esto es lo principal. Obviamente, hay quienes merecen castigo y deben ser castigados. ¿Todos los que han cometido algún delito? No es nuestra intención. Pero de la Justicia no pueden escapar Pinochet, Contreras, Ceballos, Pacheco, Espinoza y algunos más por el estilo. Queremos agregar que las listas negras que un día se dieron a conocer, pueden ser y seguramente deben ser revisadas.

Nosotros queremos entendernos con las Fuerzas Armadas. Por eso estamos por desarrollar el diálogo con sus oficiales, suboficiales y soldados. Nuestro propósito es el de buscar el acuerdo para terminar con el fascismo, para idear y poner en práctica un nuevo sistema institucional que comprenda cambios en las propias Fuerzas Armadas, sin desestimar nada de lo que pueden aportar mañana a una bien entedida seguridad nacional y a la reconstrucción del país. Esperamos que, de su parte, den también algunos pasos para encontrarse con el pueblo de Chile.

En pocos días más se cumplen los 200 años del nacimiento de Bernardo O'Higgins. El creó el Ejército y la Marina en la lucha por la Independencia y el progreso nacionales, por el derecho

del pueblo de Chile a su autodeterminación, a darse soberanamente el régimen que más le gustara y conviniera a sus intereses. Todos los chilenos civiles y militares tenemos el deber patriótico de ser fieles al legado del Libertador.

El pueblo de Chile sabe que todas las conquistas que había alcanzado no le cayeron del cielo. Fueron el fruto de su propio esfuerzo, de sus combates, de su unidad. Por eso es que prende

la lucha. El avance que se observa en la lucha de los trabajadores revela que estos tienen claro que al fascismo no se le bate con simples invocaciones a la razón, que hay que enfrentarlo en toda la línea. Las condiciones para vencerlo con éxito se dan hoy en lo fundamental. Este es el camino hacia la libertad, hacia el reencuentro de los chilenos. Estamos seguros que, en esta lucha, nuestro pueblo vencerá.

EL GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

por Orlando Millas

Queridos compañeros:

A fines del siglo XVIII recibió en Londres el chileno Bernardo O'Higgins clases de matemáticas y lecciones de revolución social del patriota venezolano Francisco Miranda. Fueron enseñanzas que no se constreñían en marcos estrechos y, por el contrario, abarcaban apasionadamente la conmoción del mundo. Miranda había combatido no sólo en tierras latinoamericanas, sino también en la guerra de la Independencia de Estados Unidos, en los ejércitos de la revolución francesa en que llegó a ser mariscal de campo y en las fuerzas armadas españolas y estuvo en la Rusia de Catalina II en busca de ayuda para la emancipación de la América entonces hispana. En toda la trayectoria del libertador O'Higgins están fundidos, como rasgos insertos en una sola hebra, el más acendrado patriotismo y el sentido universal, la confraternidad de los pueblos, el internacionalismo revolucionario.

Cuando el sueño esbozado en las conversaciones de Londres y el compromiso solemne y quemante de O'Higgins con Miranda se convirtieron en realidad, una vez obtenida la victoria de Chacabuco, el fundador de la República de Chile se apresuró a comunicar a los principales Estados los criterios con que desenvolvería el nuevo país sus relaciones exteriores. En la nota que envió al gobierno ruso, subrayó la disposición a las relaciones amistosas entre ambos pueblos; pero, de parte de los zares no obtuvo respuesta. Sin embargo, sus esperanzas no fueron defraudadas. Este acto de hoy en Moscú, con ocasión del bicentenario del nacimiento de Bernardo O'Higgins, forma parte de la respuesta que en mil formas fecundas, fraternales, ha sabido dar ejemplarmente la Unión Soviética al lejano significativo mensaje del prócer.

Este bicentenario realza el carácter democrático, liberador y revolucionario del pensamiento y de la obra de Bernardo O'Higgins. No en balde la oligarquía chilena, los nostálgicos del atraso colonial y otros reaccionarios han escrito toneladas de volúmenes de pseudohistoria tratando de sepultar con ellos el legado de O'Higgins, de desnaturalizarlo, de negarlo, sin que lo hayan conseguido, porque permanece y se proyecta en las luchas de nuestro pueblo.

Por ejemplo, ya es un lugar común en los autores preferidos por los fascistas sostener que O'Higgins habría carecido de dotes como jefe militar. La razón del empeño por denostarlo especialmente en este aspecto reside en que se trata de un jefe militar revolucionario de su época, de un estilo combatiivo y que concebía el arte de las batallas en función exclusiva de la lucha por la independencia, la libertad, los derechos y los intereses del pueblo. Bernardo O'Higgins es el tipo de jefe militar peligroso para la reacción. Bajo la hojarasca de algunos homenajes oficiales de ritual que se le dedican, es fácil encontrar el ánimo de ocultar celosamente la verdadera grandeza de su ímpetu renovador.

Lo cierto es que el coraje legendario con que se comportaba en el campo de batalla no hubiera sido suficiente para conducirlo a sus célebres victorias si no lo hubiesen acompañado un don de mando y una claridad de objetivos que correspondían al carácter decididamente progresista y avanzado de su política.

Alcanzó los grados militares de Director y Capitán General de la República de Chile, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal de la República del Perú; pero, más que en esos títulos, su calificación se encuentra en la maestría con que venció a las fuerzas realistas acantonadas en Linares el 6 de abril de 1813, logró retirar al norte del Maule en esos días las milicias patrióticas de Concepción, aplastó en San Javier la guarnición realista y el 22 de mayo conquistó la fortaleza de Los Angeles y todas las plazas de la zona denominada «de la frontera». En esas batallas y en la de El Quilo del año siguiente se forjó inicialmente el ejército de Chile y surgió O'Higgins como jefe militar eminente. La calidad de ese ejército y de su general se probó, aún en las condiciones más difíciles, en El Roble y en Rancagua. La batalla que fue decisiva para la emancipación latinoamericana y no sólo dió la independencia a Chile sino que modificó la correlación de fuerzas en el continente, la de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, fue una victoria basada en la dirección estratégica y el comando del más alto nivel que ejerció con una destreza admirable el general San Martín y, a la vez,

en la dirección táctica en el campo de combate, la inaudita audacia y el valor personal del general O'Higgins, cuya división derrotó por sí sola a la totalidad de las fuerzas realistas, muy superiores en número y en armamento.

Los comunistas chilenos valorizamos altamente este legado de patriotismo y combatividad revolucionaria y encontramos en él una fuente constante de inspiración. Somos o'higginistas, sin desmedro de los otros próceres de la Independencia. Nos oponemos resueltamente a las tendencias reaccionarias y a la presión imperialista tendientes a desvirtuar el carácter de las fuerzas armadas fundadas por O'Higgins y convertirlas en guardia pretoriana bajo comando fascista y en guerra contra nuestro pueblo. No confundimos a Pinochet con las fuerzas armadas. Sostenemos la necesidad de erradicar de ellas a los fascistas.

El pueblo de Chile toma en consideración el hecho de que los fascistas hayan asesinado a jefes patriotas de las fuerzas armadas fieles al mandato de O'Higgins, como son los casos de los generales de ejército René Schneider y Carlos Prats, del general de aviación Alberto Bachelet y del comandante de marina Arturo Araya. Estos jefes son exponentes de los sentimientos que se siguen anidando en innumerables oficiales, suboficiales y soldados. Por eso mismo, planteamos la necesidad del reencuentro de los chilenos no fascistas, civiles y militares. Estamos convencidos de que Chile necesita fuerzas armadas de alto nivel profesional, inspiradas en los principios, democráticos, entrañablemente unidas al pueblo y que sean celosas defensoras de la independencia nacional.

Constituye una atroz ofensa a la memoria de O'Higgins que, al cumplirse el próximo domingo 200 años de su nacimiento, aparezca como Comandante en Jefe del Ejército de Chile un criminal fascista tan repugnante, exponente típico de la felonía y la traición, directo organizador de asesinatos como los de Orlando Letelier y Carlos Prats perpetrados en el extranjero por sus agentes, homicida del Presidente Allende, responsable de decenas de miles de muertes, que aún se resiste a dar cuenta del paradero que ha asignado a miles de prisioneros políticos desaparecidos y que ejerce una tiranía abyecta, cual es Augusto Pinochet. El más urgente e imprescindible homenaje a O'Higgins debe ser limpiar de Pinochet y de su camarilla fascista a las fuerzas armadas chilenas.

O'Higgins mantuvo una posición democrática. Es el más alto exponente de ella en los albores de la independencia de Chile. Al referirse a los días de la formación de la primera Junta de Gobierno, en septiembre de 1810, los historiadores de la oligarquía, tanto los conservadores como los liberales, igualmente empeñados en falsificar los hechos para endiosar a la aristocracia, se ven obligados a reconocer que O'Higgins no encaja en sus explicaciones. Por eso, Encina debe anotar: «Dentro del conjunto tiene carácter de islote la posición ideológica de don Bernardo O'Higgins, aureolado por el sentimiento de la independencia, en todo extraño a la aristocracia, en calidad casi de extranjero» (1).

Contra lo afirmando falsamente por el mismo Encina (2), O'Higgins se empeñó de inmediato, en forma decidida y fue quien impuso la convocatoria al Primer Congreso Nacional, expresión de la independencia propiamente tal y embrión democrático, al que fuera elegido diputado.

En los años en que surgieron en el continente recién emancipado tentaciones monárquicas y llegaron a arrastrar a otros próceres, Bernardo O'Higgins se opuso terminantemente a toda concesión que perturbase al establecimiento a firme en Chile de la república y su actitud influyó en el curso de los acontecimientos en el conjunto de América Latina. Su pensamiento invariable es el que sintetiza en su conocida carta de 1812 a Juan Florencio Terrada: «Detesto por naturaleza la aristocracia y la adorada igualdad es mi ídolo».

Como gobernante, fue consecuente. Abolió los títulos de nobleza. Prohibió las órdenes nobiliarias. Hizo demoler y borrar los escudos de armas y demás blasones que ostentaban los aristócratas en sus mansiones. Se propuso suprimir los mayorazgos. Impuso a los terratenientes pesados tributos para financiar la expedición libertadora del Perú, el establecimiento de la Marina de Guerra y la organización inicial del nuevo Estado.

Los reaccionarios han tenido la osadía de acusar a O'Higgins de autoritarismo y condenar lo que han llamado su «dicta-

dura». Es el mismo argumento que esgrimen contra Ramón Freire, Diego Portales, José Manuel Balmaceda y que repitieron contra Salvador Allende. En esa línea, presentan como esponente del pueblo a la asamblea de 200 terratenientes que exigió la abdicación de O'Higgins, atribuyen una definición democrática al período ominoso de la llamada «república parlamentaria» de 1891 a 1925 bajo la cual se perpetraron las más feroces masacres, dieron el nombre de «ley de defensa de la democracia» al código de represiones que negaba todos los derechos de los comunistas y del conjunto de la clase obrera e invocaron la libertad para justificar la sedición fascista y el entronizamiento de la tiranía bestial de Pinochet. Hay en todo esto una estricta continuidad. Es la antipatria.

La grandeza de O'Higgins reside en haber dado un primer impulso independentista, republicano, democrático, antioligárquico al Chile emancipado. El nombre de O'Higgins aún escuece a los reaccionarios. Mantiene su plena vigencia, como objetivo de los patriotas chilenos de hoy, el enunciado que colocó O'Higgins en 1818 en la Declaración de la Independencia: «El territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses». Hacer plena realidad este propósito fue la mira del gobierno presidido por Salvador Allende. Por eso, las palabras pronunciadas en Chillán por Allende el 20 de agosto de 1973 en homenaje a O'Higgins resonarán siempre en Chile. Las fuerzas facciosas comandadas por Pinochet que el 11 de septiembre de 1973 asaltaron La Moneda, sede de los gobiernos constitucionales, destruyeron el texto original de la Declaración de Independencia suscrita por O'Higgins; pero, ella terminará prevaleciendo.

El biógrafo de O'Higgins que lo ha tratado con menos prejuicios, Benjamín Vicuña Mackenna, lo describió en el ejercicio del gobierno en estos términos: «El general O'Higgins, por otra parte, aislado, sin vínculos de familia, hijo de una provincia que la capital miraba desde antiguo con profundos celos, pasaba a los ojos de los hombres más notables e influyentes de Santiago como una especie de usurpador desde que el exceso de los males públicos había sobrepujado la suma de las glorias del caudillo, única legitimidad que hasta entonces había poseído aquél en el gobierno» (3).

En su discurso al abdicar el mando, proclamó el fundador de la República de Chile: «...llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado en el extranjero, cubierto de gloria por sus hechos de armas» (4). Los que le impusieron esa abdicación son definidos por Eyzaguirre como «los personeros de una aristocracia orgullosa a la que él despojara de sus honores nobiliarios y excluyera de una participación activa en el gobierno» (5). El mismo Eyzaguirre, hispanista que jamás se convenció de la conveniencia de la lucha emancipadora y que en toda su obra rindió culto e la aristocracia, describe esa escena sacando la siguiente conclusión: «Las aspiraciones aristocráticas de un ejecutivo colegiado iban al fin a verse colmadas. Era el impulso de la sangre, que desde los concejos de Castilla y la juntas de Vizcaya se había mostrado siempre reacia al poder unipersonal y fuerte. El alma española tenía ahí su desquite, y el que la había vencido en los campos de batalla iba a caer ahora derrotado por el peso indomable de la tradición y el atavismo» (6). Verifica Eyzaguirre: «La lucha medieval por los fueros volvía a renacer con el antiguo encarnizamiento. La aristocracia, desposeída de la influencia política, buscaba medio de abrirse paso...» (7). En la correlación de fuerzas de la época, O'Higgins encabezó a todos los sectores y capas progresistas y al conjunto del pueblo. Momentáneamente la aristocracia terrateniente logró abatirlo; pero, esto fue transitorio y el desarrollo social condujo al triunfo de sus concepciones y de su política, que se proyectan en nuestra época formando parte del acervo de las fuerzas democráticas antimperialistas y antioligárquicas.

Sus seis años de gobierno, de 1817 a 1823, se caracterizaron por el sostenimiento de la lucha armada anticolonialista que culminó con la batalla de Maipo, el desarrollo de la «guerra a muerte» contra los restos de las fuerzas realistas en la zona sur, la creación de la Marina de Chile que enfrentó y derrotó a la escuadra española, la organización y el envío de la expedición libertadora del Perú, el apoyo a la idea de Bolívar de convocar un congreso de las nacientes repúblicas latinoamericanas, la firme actitud contra las veleidades dinásticas que acariciaron otros próceres del continente, la organización del nuevo Estado independiente y la realización de reformas democráticas que en su época eran extraordinariamente avanzadas. Entre ellas pueden indicarse las siguientes: la abolición de los títulos de nobleza, la parcelación de la zona del canal del Maipo, la fundación en el centro de esa zona de la ciudad de San Bernardo, la supresión de las listas de impenitentes que se colocaban en las iglesias, la creación de cementerios laicos y de disidentes, la terminación de todo tipo de tormentos y de castigos infamantes en los lugares de reclusión, la reapertura de la Biblioteca Nacional y del Instituto Nacional, la

fundación de colegios de enseñanza secundaria en La Serena y en Concepción, la obligación a los cabildos y a los conventos de mantener escuelas primarias gratuitas, la aprobación de normas legales otorgando la ciudadanía chilena a los mapuches y la entrega como reforma agraria de tierras a sus comunidades, la organización del Tribunal Mayor de Cuentas, la modernización del sistema hospitalario dando vida a la Junta de Sanidad, la preocupación atenta al aseo y el ornato de las ciudades, la apertura de la Alameda como arteria central de Santiago. Contrasta ese ímpetu renovador de índole indudablemente democrática con lo que es su antípoda, la línea troglodítica y bestial de los fascistas contemporáneos, que se inspiran en los criterios de los enemigos de O'Higgins, partiendo por el gobernador español Marcó del Pont, su esbirro San Bruno y el jefe militar realista amotinado contra la república Tomás de Figueroa.

En su proclama al cruzar la cordillera con el Ejército Libertador dirigido por San Martín, que se impuso en la batalla de Chacabuco y puso término al período de la Reconquista Española, O'Higgins declaró: «Renazca entre vosotros el sagrado fuego de la libertad ... La dulce patria, el hermoso Chile, vuelve a ocupar el rango de nación». Expresaba así los sentimientos del pueblo de Chile y, en especial, de las mujeres de este pueblo, que en la lucha contra el colonialismo realizaron mil anónimas proezas y grandes hazañas denominando a la patria, en el lenguaje cifrado de la época, «la Panchita» (8). En una reminiscencia, hoy en la clandestinidad se denomina al Partido Comunista «el Pancho». La invocación de O'Higgins se inmortalizó en la letra del himno nacional de Chile que postula: «Dulce Patria, recibe los votos con que Chile, en tus aras juró que o la tumba serás de los libres o el asilo contra la opresión».

Los historiadores reaccionarios, queriendo presentar a la aristocracia terrateniente como el demiurgo de la formación de Chile, han pretendido sostener la infamia de que el pueblo habría estado ausente de la lucha por la Independencia y que la población araucana mapuche se habría opuesto a ella. La verdad es que la Independencia fue posible porque la tomó vigorosamente en sus manos el pueblo. El genio de O'Higgins consistió en haberse puesto a su cabeza. Vicuña Mackenna anota que el fundador de la república «complacíase además en llamarse araucano, y decía que sus primeros camaradas en la escuela de Chillán fueron esos indomables indios cuya historia había sido la primera que aprendió» (9). O'Higgins se sentía íntimamente vinculado a la población indígena mapuche, hablaba constantemente su idioma y acogió en su hogar a huérfanas mapuches incorporándolas a su vida familiar. En cambio, tuvo que enfrentar, para hacer posible la Independencia, a la capa más conservadora de la aristocracia terrateniente. En el mensaje que había preparado, antes de morir, para despedirse del pueblo peruano, escribió: «Pocos concebirán la magnitud de dificultades y la fuerza de oposición contra las que he tenido que lidiar durante toda mi vida pública, y entonces verán todos que si no hice mucho más bien que el que hice, no fué mía la culpa» (10).

El patriotismo de O'Higgins fue inseparable de su internacionalismo. O'Higgins representó en América Latina una línea nítida y vigorosa de solidaridad de los pueblos. Fue uno de los primeros latinoamericanos que manifestó su preocupación por los afanes expansionistas norteamericanos, los denunció y propició una política independiente. Esta política la concebía sobre la base del entendimiento fraternal de los pueblos latinoamericanos. En nuestra época, el imperialismo yanqui promueve conflictos entre las repúblicas latinoamericanas. Su política es la de dividir para reinar. Trata de mantener en tensión las relaciones de cada país latinoamericano con sus vecinos, aplicando la divisa de «a río revuelto, ganancia del pescador». En tales circunstancias, cobra suma actualidad la línea de unidad de los latinoamericanos, que es la política de Miranda, de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins y en general de los realizadores de la Independencia.

La oligarquía aristocrática enrostraba a O'Higgins su fraternidad a toda prueba con el pueblo argentino, su confianza y compenetración con San Martín. E igualmente prístina fue su amistad entrañable con el pueblo peruano. Vicuña Mackenna la registra en estos términos: «Prócer en uno y otro país, fundador de la existencia política de ambos pueblos, huésped respetado en el territorio del uno, tenazmente proscrito sin merecerlo de aquel en que naciera, interesado por lo mismo en el bien común de los dos». O'Higgins ha quedado en la historia de América Latina como el gran puente entre San Martín y Bolívar, como el amigo de ambos y que colocó su espada bajo el comando de los dos, siendo general con San Martín en la batalla de Chacabuco y acompañando a Bolívar en los días de la batalla de Junín. O'Higgins es la personificación de la hermandad de chilenos y argentinos, de peruanos y chilenos, de argentinos y peruanos, de ecuatorianos y peruanos, de chilenos y bolivianos, de colombianos y chilenos, de venezolanos y chilenos, en una palabra de los latinoamericanos, en la perspec-

tiva de la lucha conjunta por la independencia, por la democracia y por el progreso social.

La aristocracia semifeudal temía a O'Higgins y por eso lo desterró. Cuando un millón de chilenos nos encontramos desparrramados por el mundo, proscritos por los fascistas, en el corazón de todos los chilenos, los que están en la patria y los que están fuera de ella, es muy querida la figura del gran exiliado, del padre de la república que viviera más de la mitad de su existencia fuera del país y muriera como símbolo de Chile en el ostracismo. Su célebre grito de combate en las batallas de la Independencia: « ¡O vivir con honor o morir con gloria! » se proyecta y tiene eco en América Latina en la consigna de revolucionarios: « ¡Patria o Muerte! » victoriosa en Cuba socialista. El legado de O' Higgins será cumplido erradicando de Chile al fascismo y avanzando el pueblo por las alamedas de que hablara Salvador Allende.

(1) Francisco A. Encina. « Resumen de la Historia de Chile. Redacción de Leopoldo Castedo ». Tomo I. Pág. 487. Editorial Zig-Zag Santiago de Chile. Décima edición. 1974.

(2) Francisco A. Encina. « Resumen de la Historia de Chile. Redacción de Leopoldo Castedo ». Tomo I. Pág. 507. Editorial Zig-Zag Santiago de Chile. Décima edición. 1974.

(3) Benjamín Vicuña Mackenna. « Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins ». Pág. 350. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1976.

(4) Domingo Santa María. « Memoria Histórica Sobre los Sucesos Ocurridos desde la Caída de D. Bernardo O'Higgins en 1823 Hasta la Promulgación de la Constitución Dictada en el Mismo Año ». Santiago de Chile. 1858.

(5) Jaime Eyzaguirre. « O'Higgins ». Página 340. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile. Sexta Edición. 1945.

(6) Jaime Eyzaguirre. « O'Higgins ». Página 342. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile. Sexta Edición. 1945.

(7) Jaime Eyzaguirre. « O'Higgins ». Página 310. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile. Sexta Edición. 1945.

(8) Guillermo Feliú Cruz. « Patria y Chilenidad ». Revista Mapocho. Año 4. Tomo V. Santiago de Chile. 1966.

(9) Benjamín Vicuña Mackenna. « Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins ». Pág. 597. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1976.

(10) Benjamín Vicuña Mackenna. « Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins ». Pág. 607. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1976.

(11) Benjamín Vicuña Mackenna. « Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins ». Pág. 567. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1976.